

LLEAL GARCERÁN, Coloma: *La formación de las lenguas romances peninsulares*, Barcelona, Barcanova, 1990, 383 pp.

Reconstruir, a modo de síntesis, las partes del libro es una tarea cuando menos absurda; hacer un comentario de cada fenómeno evolutivo o reflejarlos aquí ocuparía una extensión mayor que la del libro. No voy a hacerlo; no se trata de eso. Me limitaré a señalar que en su interior no nos encontramos solamente con la historia de la formación de los romances peninsulares. El libro es, además, una historia de España —de su prehistoria, incluso—; una historia de sus culturas, de sus religiones, de su economía, de su arte, de su sociedad..., de la vida cotidiana, en última instancia y de cada individuo que la componía. Todo ello, claro está, enfocado a comprender mejor los cambios de las distintas lenguas y de los dialectos. Desde lo aparentemente más insignificante, como podría ser la simple tradición oral desarrollada junto a la lumbre de un hogar de no importa qué aldea medieval hasta la pomposidad de la Cancillería Vallisoletana, todo influye en ese proceso de gestación de nuestros romances que poco a poco irán balbuciendo sus primeros logros. El motivo por el que se producen los cambios no se puede desligar de la naturaleza de los hablantes, ni de sus estratos sociales, ni de su origen...

He querido acercarme con esta reseña, más que a lo que dice el libro, al espíritu que motivó el trabajo de la autora: una gran visión de conjunto, con tintes de comparatismo, de todo un espacio —el peninsular— hasta ahora casi siempre estudiado en bloques independientes. Poco importa, a estas alturas, que el grupo «pl-» evolucione a «ch» en leonés o se mantenga en catalán; que el castellano diptongue y que el gallego no. Partiendo de que el trabajo está enfocado a especialistas o como poco a universitarios con algún conocimiento de la historia de los romances peninsulares, no nos cogerán de nuevas todos esos fenómenos fonéticos y morfosintácticos de los que da cumplida cuenta la autora. Cabría decir que su utilidad en el ámbito docente es considerable: el estudiante de 3.º, 4.º ó 5.º de Filología (Hispanica o Románica) comprenderá, sin duda, mucho mejor la historia de esos romances. Ciertamente, la historia y suerte del catalán no es la misma que la del astur-leonés, por ejemplo. Se nos ofrecen distintos apartados —por necesidades de organización y distribución— pero al mismo tiempo se van tendiendo lazos hacia los otros bloques del libro; no se trata, pues, de compartimentos estancos. El proceso consiste en un doble juego autor-lector: C. Lleal a partir de los textos con los que va ilustrando su estudio, y apoyándose —lógicamente— en los ya realizados (R. Lapesa, J. Neira, J. J. Nunes, J. Moreno y P. Peira, F. de Borja Moll..., por citar algunos) va reconstruyendo las características más significativas de cada romance, mientras nosotros —lectores— las re-descubrimos y las vemos reflejadas en los textos y en los mapas que encontramos a lo largo del trabajo.

Pero se nos plantea un problema ya de entrada: la ingente cantidad de material de que se dispone y —peor aún— la siempre atrevida decisión de seleccionarlo cuando se trata de reconstruir a partir de datos escritos (y no siempre completos) algo tan etéreo como el habla del hombre. Permítaseme incluir aquí un párrafo de la propia autora:

«El estudio de la evolución de la lengua común consiste, por tanto, en el análisis de los datos que nos permiten intuir cómo se han ido desarrollando las relaciones dialécticas entre los dos registros fundamentales entre los que se desenvuelve el hablante de una lengua. Inmenso terreno ignoto, tierra de nadie, porque es de todos, equidistante, pero mucho más allá, por abstracto, de esas dos realidades aprehensibles, la literatura y el coloquio, objeto, respectivamente, de la estilística y de la dialectología. Y este análisis deviene doblemente difícil cuando no tenemos acceso directo a uno de los dos registros. Entonces, la historia de la lengua común se ve condenada a moverse en el terreno de las hipótesis, de las suposiciones, de las intuiciones. Terreno peligroso, pero al mismo tiempo fascinante en el que, paso a paso, se pone a prueba nuestra capacidad de orientación, de reconocimiento del paisaje, de comparación con otros parajes mejor conocidos. Se trata, en suma, de una lenta labor deductiva que nos permita establecer, a partir de los únicos textos de que disponemos, siempre de carácter escrito, aunque de procedencias, finalidades y estilos muy diversos, cuáles podían ser las características fundamentales de la lengua común subyacente a todos ellos» (p. 210).

Arranca el estudio propiamente dicho (tras un breve repaso a la prehistoria de la Península Ibérica y a sus primeros pobladores y colonizadores —las raíces—) con la configuración del latín vulgar y su posterior transformación en romance como un tronco común del que van a ir surgiendo pequeños y diferentes brotes hasta llegar a convertirse en frondosas ramas. Exquisita labor diferenciadora entre latín clásico, latín vulgar y romance; entre lengua escrita y lengua hablada también:

«Y a principios del siglo VIII, los hispanos debían de pronunciar algo así como (abédjja), pero en la escuela aprendían que lo que así sonaba se escribía <apiculam>» (p. 132).

Ahora bien, lo destacable del libro es el intento y logro de hacer un conjunto con la historia de cada romance. Ya no se trata de hablar de la formación del castellano, ni del gallego, ni del catalán. *Todo está concebido como un puzzle en el que cada pieza tiene sus límites —lógicamente— pero al mismo tiempo forma parte de la siguiente y ambas encajan entre sí debido a sus puntos en común.* A algo así asistimos aquí. Al lector se le abre así un fabuloso panorama de información y de variopintas preguntas y respuestas como pueden ser: ¿por qué el gallego tiene // y el portugués no?, ¿cuál fue la suerte del judeo-español en Turquía?, ¿qué relación tiene la Reconquista y el elemento árabe con el desarrollo fonético de los romances? La fuente de la que se bebe es rica y abundante: metafónias, glosas, síncopas, sociolingüística, interferencias y calcos semánticos, Cancillerías, el castrapo, el yoruba... *Todo lo encontramos en mayor o menor medida. Se trata de una magnífica síntesis (no por ello falta de datos) que nos introduce de lleno en el mundo medieval o en el neoclásico. Es un viaje a través del tiempo y del espacio a lo largo de casi 400 páginas: tan pronto nos encontramos con la Valencia del siglo XIII como en la Galicia del XIX.*

A modo de sinopsis, haré constar la estructura del estudio:

- I) Situación lingüística de la Península Ibérica hasta el siglo VIII.
- II) Formación y desarrollo de los primitivos romances (VIII-XII).  
Destacables los apartados dedicados al latín vulgar y al romance y el estudio de las glosas, del mozárabe y de las jarchas.
- III) *Irrupción de los romances como lenguas literarias.*  
Excelente compendio de morfología histórica del gallego-portugués, del catalán y del castellano, así como los apartados dedicados a Alfonso X y Ramón Llull en un intento de paralelismo que creo intuir. Son necesarios trabajos de este orden, donde se resalte el valor de un elemento frente a otro, por contraposición o por afinidad.  
Interesantes datos de navarro-aragonés y astur-leonés acompañados de deliciosos textos.
- IV) *Hacia las lenguas modernas.*  
Se detiene en el español, el catalán, el gallego y el portugués actuales y sus respectivas variantes.

JUAN JOSÉ ORTEGA ROMÁN

VARGAS LLOSA: *Carta de batalla por «Tirant lo Blanc»*, Barcelona, Ed. Seix Barral, 1991, 106 pp.

Mario Vargas Llosa apuntala una vez más su labor como crítico literario con esta pequeña recopilación de ensayos sobre el *Tirant lo Blanc*, —dos de estos ensayos ya conocidos y publicados años atrás y el último, *Tirant lo Blanc: las palabras como hechos, de nueva aparición—*, recopilación que resulta de gran valor por la posibilidad que nos ofrece de poseer estos textos, dispersos a lo largo de los años, en una pequeña obrita que marca la evolución del crítico ante la novela de